

Ética y humanismo político

Manuel Mondragón y Kalb

Hace unos días, al ingresar a la Legión de Honor Nacional de México, Manuel Mondragón y Kalb disertó sobre un tema de gran actualidad: ¿Qué significa hoy en día ser un político humanista comprometido con la justicia social? Aquí se presenta una síntesis de su trabajo.

Lo social es, sin duda, el concepto que ha experimentado uno de los mayores embates en la esfera pública.

La caída del socialismo no sólo modificó la competencia por el control del mundo, sino que desmoronó el paradigma de un sistema que pregonaba el bienestar del pueblo. Quedó al descubierto una dictadura decadente y un burocratismo asfixiante, creadores de una clase privilegiada, peor aun que la burguesía a la que tanto se satanizaba.

El concepto de lo social experimentó también otra derrota, menos espectacular pero más grave: la terminación de la lucha bipolar.

La derrota y retirada de uno de los polos marchitó el compromiso de la militancia en la democracia social y socavó la confianza en sus ideales. Después de todo, el supuesto final de la historia a lo único que reducía el conflicto ideológico era a elegir entre matices del neoliberalismo económico, lo que le quitó a la lucha social la intensidad, la vehemencia, el espíritu de sacrificio que tenía la militancia política, cuando el ambiente permanente era la dualidad y el conflicto.

Surgió entonces un sofisma ya que el liberalismo económico formó toda una corriente cultural que asoció la causa de lo social con la ideología de la ineficacia y el beneficio al pueblo, con la demagogia. Bajo estas premisas se identificó —y aun se sigue identificando— a los políticos comprometidos con las ideas sociales, como promotores del divorcio irreconciliable de clases, con la bohemia, la utopía adolescente y la turbulencia permanente.

Por ello, el primer compromiso del político humanista es rescatar, dimensionar y dignificar la ideología social y humanista, y terminar de una vez por todas, con el falso dilema entre progreso económico o justicia social.

En el mundo de hoy, las ideologías perviven, pero lamentablemente se les ha convertido en una variante de la estrategia. El político humanista no debe caer en esa trampa. Para él, la globalización no impide reconocer y exaltar los valores de la nación y defender los derechos de las minorías, de los marginados, de las etnias.

Para un político humanista es indispensable que el mercado sea compatible con las exigencias sociales, para que nunca sean una maldición fatal las posibles desve-

tajas de nacimiento, el lugar de origen o la clase social de la que se proviene. Esto sólo es posible con el predominio de las políticas económicas redistributivas, que privilegian la cooperación y la solidaridad responsable, sobre la competencia y la confrontación.

En este panorama de grupos sociales y principios ideológicos, un político humanista se distingue hoy por el rescate de otros valores. Uno de ellos, de especial trascendencia, es el honor.

El honor es la conciencia interior de los valores personales, que estamos dispuestos a defender aun a costa de nuestra utilidad, del éxito, del lucro, de la fama, de la gloria; en fin, a sacrificarlo todo con tal de no perderlo, porque el honor está antes que la vida, pues también es herencia, tradición; porque el honor es la vida misma.

El dilema de Hamlet permanece vigente: “Ser o no ser”. Somos por el honor, por el respeto a lo mejor de nosotros mismos, al que nos hace dignos y respetables. Somos por lo que honramos; las canas, la sabiduría, la libertad, la justicia, el heroísmo, la amistad, la Patria. No ser es la traición, el oportunismo, la esclavitud, la ausencia de causas sociales que defender; el cinismo y la desvergüenza, que es una forma de inexistencia.

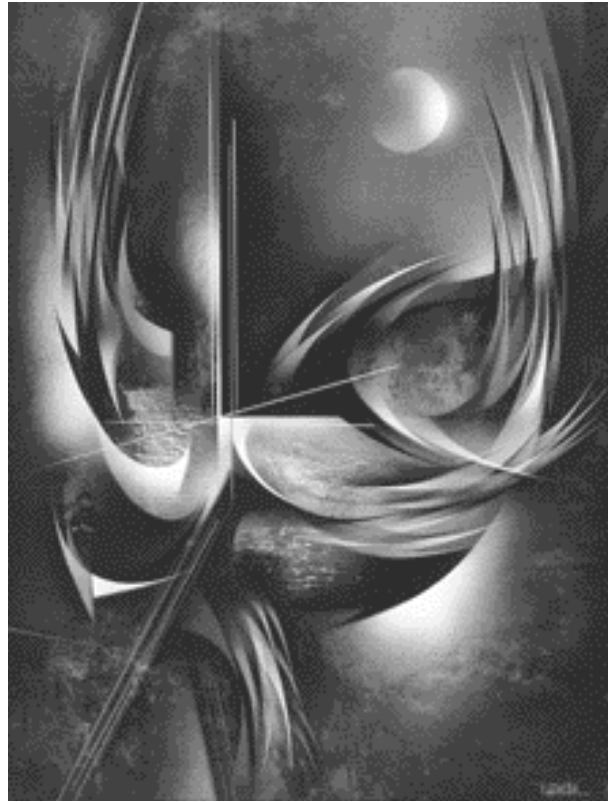
El honor está antes de la vida; es la vida misma y trasciende el límite de nuestra existencia, pues es el legado, el nombre que dejamos y el recuerdo de lo que fuimos. Tenemos que rescatar el honor para ser políticos humanistas, porque vivimos una paradoja: a pesar de su importancia, hablar del honor puede parecer antiguo, muy antiguo, y de alguna manera sí lo es, porque es tan viejo como la naturaleza humana.

No podemos hablar antes, ni hoy, ni se podrá hablar después, de un político humanista si no se reconoce en los valores de su propia humanidad, porque el origen del respeto a los demás, es el respeto a uno mismo. Rescatemos el honor no por superfluas vanidades, sino porque es nuestra esencia y dignidad espiritual, porque es el origen y fundamento de la supervivencia de los seres humanos y de las sociedades.

El honor no se da en el vacío, ni se gana de un solo golpe y para siempre; es como la buena fama que cada día se conserva, se defiende, se cuida, se acrecienta. Pero sí puede perderse en un solo golpe y para siempre. Por eso, la primera obligación del honor es el cumplimiento del deber.

Pero, ¿cuál es el primer deber del hombre público? ¿Eso que le otorga el fundamental respeto de los ciudadanos? ¿Ese deber por el que honramos nuestra vida pública?

Considero que el primer deber político humanista es el cumplimiento de la Ley. La que Aristóteles llama: “La razón sin pasión”. Y es que la Ley da certidumbre a la sociedad, la protege contra los intereses vulgares de la ri-



Leonardo Niernman, *Ciudad de luz*

queza material y las veleidades más difíciles de controlar: los sentimientos de quien ejerce el poder.

Por supuesto, estamos de acuerdo con la conocida crítica: la aplicación pura de la Ley no lleva a la justicia, pero también es cierto que no existe justicia si no se respeta el Estado de Derecho.

La conducta del político humanista sólo es valiosa y trascendente cuando cumple con lo que ordena la Ley; sólo es política y moralmente valiosa cuando se aplica en la letra y en el espíritu del legislador.

Ahora bien, para un político humanista, hoy por hoy, no basta profesar determinada ideología, enriquecerla con los valores del honor y el cumplimiento del deber a través del apego puntual de la Ley; se necesitan actitudes, esa disposición interna para unir pensamientos y acción. El actuar, no de cualquier manera, sino como se piensa, es lo único que permite que la vida sea congruente, intensidad y celebración.

Las actitudes son también condición, método y prueba de la autenticidad de nuestras convicciones. Las actitudes son esa energía que pone en acción nuestros ideales, les da rostro y movimiento. ¿Cuáles son, a mi juicio, esas actitudes que debe practicar el político humanista en la coyuntura que vive el país?

El humanismo político ubica al ser humano como valor y preocupación central, como un fin en sí mismo y no como un medio. Esto exige que la convivencia y la unidad de la sociedad sólo se logren con actitud permanente de diálogo entre los miembros que la componen. No se concibe a un humanista que no tenga, como

primer horizonte, a otro prójimo como interlocutor. El monólogo en política sólo lleva al aburrimiento y, peor aún, a la dictadura.

En el diálogo no se trata de cubrir las apariencias, de salir con nuestros argumentos al exterior, hacerlos dar un rodeo frente a nuestros interlocutores y regresar con ellos incólumes. La actitud de diálogo exige mantener una posición abierta a los argumentos de los demás. El político humanista acepta y propicia este ir y venir de los razonamientos, que permite no sólo las tensiones de la pluralidad, sino que logra acuerdos enriquecidos con la opinión de la mayoría de los participantes. Sólo con diálogo y más diálogo encontraremos las mejores soluciones para el país.

Como toda comunicación, el diálogo implica tolerancia, que no es sinónimo de indiferencia. Tampoco se debe identificar con la condescendencia, que tiene algo de superioridad encubierta. Para el político humanista la tolerancia es un punto de encuentro, condición indispensable para identificar coincidencias y diferencias, y para la discusión respetuosa de todo lo que interesa a la sociedad.

Hoy la tolerancia tiene muchas tareas, no solamente las evidentes del momento político como el que vivimos, donde debe ser el mejor antídoto contra el fanatismo, el sectarismo o la polarización. Hoy más que nunca la tolerancia se pone a prueba ante nuevas diferencias que ya existían, pero que nos negábamos a reconocer.

La actitud tolerante implica aceptar que cada quien defina y conserve su identidad política, cultural, sexual, ideológica; es la conciencia de la igualdad de derechos y responsabilidades de todos los que forman nuestro país y la comunidad internacional.

El humanismo político y social se distingue por su capacidad crítica y autocrítica, que es aun una asignatura pendiente. Ésta es, quizá, la causa principal del avance lento de la ideología y la militancia en el propio humanismo político y social. Pues de la misma forma que quien teme verse en el espejo, poco ayuda a mejorar su aspecto personal; quien huye de la autocrítica boicotea sus posibilidades de superación. No dudo en afirmar que si el tiempo que han dedicado los humanistas políticos en celebrarse con sus propios compañeros, lo hubieran dedicado al autoanálisis y a la rectificación, hace tiempo que se hubiera llegado a la militancia política de excelencia.

No podemos seguir por esa vereda que tanto nos ha desgarrado. La práctica de la actitud autocrítica propicia que se impongan los argumentos trascendentes sobre las

anecdóticas pasiones personales. El radicalismo es, por muchas causas, contrario a la democracia.

El humanismo político y social tiene, finalmente, una actitud ética, que le otorga una superioridad moral sobre todas las otras ideologías. Es lo que nos debe hacer más aptos para el poder público, porque concebimos a la política como ejemplo de lo legal, pero también de lo ético.

A los comprometidos con los intereses de la sociedad se nos puede identificar con la vehemencia, con el apasionamiento, pero es inconcebible un humanista político que no reconozca en la actividad política una dimensión espiritual relacionada con el bien y el mal. No se trata de una actitud moralista o de nobleza vital personal; es una actitud de conveniencia, escúchese bien, de conveniencia, social y política. Bien decía Platón: “Todo político malo no tarda en convertirse en un mal político”.

Por ello, para un humanista sostener una política en la que el fin justifica los medios es asumir una derrota anticipada; la peor de todas las derrotas, la personal.

Para el humanista político si no hay ética, si no existe una relación de buena fe, nada se puede hacer duradero, todo es difícil y cuesta arriba. Se pierden la confianza y la buena voluntad; los acuerdos, la paz, la convivencia; todo es precario donde se impone la mala fe. Sólo una actitud ética en la política puede satisfacer la exigencia de la sociedad que aspira a tener un poder público honrado, transparente, justo y, sobre todo, que sea creíble y le cause confianza.

Por eso André Malraux, a pesar de que hacía ostentación de su ateísmo, no tenía empacho en afirmar: “El tercer milenio será espiritual o no habrá tercer milenio”. Esto lo deben tomar en cuenta aquellos que conceden especial importancia a las tres famosas “Es”: la “E” de Economía, la “E” de Eficiencia, y la “E” de Eficacia. Y sí, estamos de acuerdo, son necesarias estas “Es”, pero en la política, la economía, la eficacia y la eficiencia sólo pueden florecer legítimamente si se agrega la “E” de Ética. Ética obligada, a tal punto, que sin ella, no es ni siquiera concebible el humanismo político.

La responsabilidad del servicio público nos enfrenta al gran reto de armonizar la dialéctica de la convivencia social: la autonomía del individuo y los intereses de la mayoría, la rutina y el cambio, el presente y el futuro, la ley y la libertad, el saber técnico y la sensibilidad social, la planeación y la contingencia.

El servicio público es acatar la voz del pueblo y sus reclamos, pero no ser esclavo de la mercadotecnia. Es ser consciente de que lo que pretende dar gusto a todos es,

La conducta del político humanista sólo es valiosa y trascendente cuando cumple con lo que ordena la ley.

por destino fatal, no darle gusto a nadie. Esto demanda decisión, carácter, valor.

Esto implica que la política sea una permanente búsqueda, pero rodeada de otros, donde el yo es el nosotros y el nosotros el yo. En una dinámica tan frustrante como apasionante, porque en el servicio público nada es dado de una vez y para siempre, ningún logro es inamovible, todo es necesario pensarlo y repensarlo. Es pensar con los otros, es actuar con los otros, es atreverse a sostener pensamientos diferentes a los demás, pero también aceptar el error personal, rectificar y negociar. Y al pensar y repensar lo debemos hacer con humildad, conscientes de que más de una vez la solución puede acarrear efectos contrarios a los que se pretenden.

Por eso la política no es, no puede ser, cuestión de individuos excepcionales, de profesionistas sábelo todo, sino de seres humanos comunes y corrientes.

En mi caso, que he tenido la oportunidad de servir en actividades diversas, simplemente he practicado la metodología de mi profesión. Mi receta es la de cualquier médico y no la de un médico especialista y lleno de posgrados, es la receta de un simple médico que sabe algo elemental: que un buen tratamiento sólo puede hacerse si hay un buen diagnóstico.

Diagnosticar es una tarea que exige escuchar, ver, sentir, dialogar, observar, evaluar, sintetizar. La medicina como la política pertenece al ámbito del pensamiento, del método, del proyecto, pero también al de la intuición, de la sensibilidad, de los valores y, sobre todo, de la congruencia. Sólo uniendo ciencia y conciencia, nos convertimos en verdaderamente humanos y en verdaderos políticos.

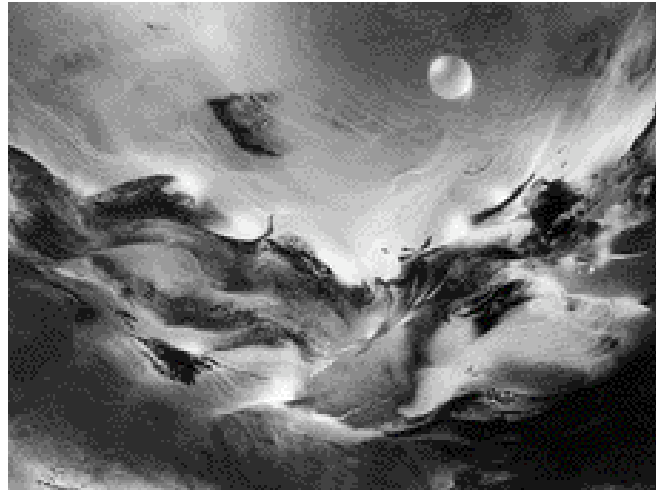
Del método lo que más me apasiona es el seguimiento. Si es una buena receta, el seguimiento no sólo cura al enfermo sino que lo inserta en el círculo virtuoso de la salud. En la política, el seguimiento es la creación de una institución: un nuevo instrumento que permanecerá como punto de referencia, como una experiencia fundamental en el círculo siempre inacabado de la administración.

Porque en realidad, todas las prácticas administrativas que hacemos diariamente los servidores públicos son indispensables para resolver necesidades urgentes, pero son acciones escritas en arena.

Lo verdaderamente trascendental en la vida política de un funcionario es la creación de instituciones; es insertar la solución en lo habitual y en lo normativo.

El seguimiento, en mi receta política, es romper, aunque sea momentáneamente, el tiempo y el espacio, con una institución que responda a un problema, a un sufrimiento.

Para mí, esto es lo que otorga el valor a la política, lo que la hace respetable y lo que la hace ser la máxima aspiración para un ciudadano de honor. **[U]**



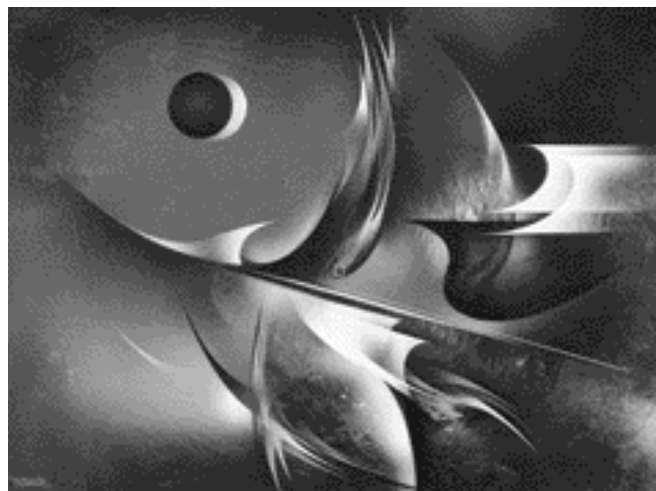
Leonardo Nierman, *Génesis*



Leonardo Nierman, *Luna de esmeralda*



Leonardo Nierman, *Sol de media noche*



Leonardo Nierman, *Vuelo eterno*